



16 de febrero de 1879

## EL SILENCIO

### Madre María Eugenia

*Con el fin de que las hermanas puedan encontrar, según la palabra del Espíritu Santo, la fuerza, la justicia y la paz en el silencio, nunca se permitirá hablar desde el oficio de Maitines hasta después de la Misa de Comunidad, a menos de necesidad apremiante<sup>1</sup>.*

Mis queridas hijas,

Precisamente hoy quería recomendaros el silencio, que nos acaba de recordar la lectura de nuestras reglas. Tenemos que prestarle una gran atención. Es fácil dejarse llevar en este sentido, y una comunidad que ha sido exacta en el silencio, decae gradualmente si cada una se permite hablar en un lugar o en otro.

Recordad que es uno de los puntos más importantes para la perfección. San Francisco de Sales no dudaba en decir que, si se establecía el silencio y la oración en una comunidad relajada, él se encargaría de la reforma de esa casa.

Lo difícil para las comunidades que no necesitan reforma, es guardar el silencio. Naturalmente nos dejamos llevar un poco, así: tenemos algo necesario que decir, las maestras necesitan hablar entre ellas a menudo. En lugar de pedir permiso, lo suponemos. Iniciamos la conversación, la retomamos en otro lugar, hacemos muchos apartes.

Otro punto: para las enfermerías, siempre y muy exactamente, pedíamos permiso para ir a ver a las enfermas. Hoy, por muy pequeñas indisposiciones, vamos a ver a las hermanas, de tal manera que se oye decir: "Tal hermana no ha venido a verme", como si fuera una especie de necesidad ir a hablar a la enfermería en cuanto hay alguien que sufre. Aquí también debemos observar el silencio y es necesario dirigirse a las superiores para pedir permiso para ir allí a ver a las hermanas.

También tenemos pequeñas penas, pequeños problemas en la vida. Nos han regañado, no nos ha salido bien algo. Una hermana encontró que no hemos hecho bien lo que se nos ha encomendado. Fuimos culpadas por gente de fuera, por gente de dentro. – Estas cosas solo debemos hablarlas con Dios y con las superiores. San Francisco de Sales, a quien vuelvo a citar, es incluso severo en este punto; dice: *El que se queja peca*. No dice esto es para las religiosas, está, creo, en su *Introducción a la vida devota*. Es por lo que en nuestras reglas se recomienda no quejarse, hacer a Dios el sacrificio de estas pequeñas cosas.

---

<sup>1</sup> Constituciones, capítulo: *Del silencio*

Cuando tenemos una pena, algo que nos *confunde*, podemos pedir a nuestras superiores que nos lo expliquen, pero no tiene que ser *hic et nunc*. No tiene que ser a las tres en punto, cuando la cosa sucedió a las dos y media; es demasiado inmortificado. Debemos esperar el momento en que las superiores estén libres. Es a Dios a quien debemos hablarle hasta entonces, decirle: "Dios mío, me enviaste esta pequeña observación, esta mortificación, Intentaré tomarla con humildad y sencillez. No veo que me haya equivocado, que haya hecho mal, tal vez lo vea después", después permanecer tranquila.

Puedes muy bien preguntar a tus superiores cómo hacer para aceptarlo; pero decirle a una hermana: "¡Qué fastidio! ese niño no quiere obedecerme... La gente de fuera se queja de mis lecciones, sin embargo, las di así", y otras cincuenta cosas, no está bien. Es faltar al silencio, a la mortificación, a ese espíritu de perfección que el silencio debe instaurar.

No olvidemos nunca, hermanas mías, que hemos hecho voto de pobreza, castidad y obediencia, para adquirir las virtudes que responden a estos tres votos y para tender a la perfección. Tender a la perfección según nuestras reglas, es un compromiso sagrado que resulta de los votos. Ahora bien, el silencio, la humildad, la mortificación forman parte de la Regla. Es necesario, pues, llegar a la práctica de estas virtudes según la Regla, para alcanzar la perfección.

Cuando se sientan movimientos naturales muy vivos, primero se debe acudir a la Regla, ver lo que pide. Hay que rezar para intentar dominarse, tener el alma en las manos y no seguir todos los movimientos naturales, sin dejarse ir a todo lo que se experimenta. Eso estaría lejos de ser perfecto. Por lo tanto, se debe empezar por estar en silencio, orando, pensando, poniéndose en el espíritu de las reglas, con espíritu de obediencia, mortificación y unión con nuestro Señor.

¡Queremos estar unidas a nuestro Señor!... ¡Qué poco habló nuestro Señor! ¡Qué poco habló la Santísima Virgen!... ¡Qué pocas palabras nos han llegado de ella! El silencio ha sido el carácter de todos los santos. Hablaban para el servicio de Dios, para darlo a conocer, por espíritu de celo, nunca por espíritu natural; de lo contrario no habrían sido santos.

Estas son las reflexiones de las que se hay que nutrir para proponerse a partir de ahora una observancia más exacta del silencio.